**En el Mar Austral (fragmento)**

**Fray Mocho**

Las bordadas nos llevaban ya a la derecha del canal, ya a la izquierda, pero nos permitían aprovechar el fresco vientito reinante, que, según declaración de Smith, era el peor que podríamos tener cuando saliéramos a Brecknock, cuyo nombre no mentaba sin visible temor y sin hacer la mueca peculiar que acompañaba a cualquier preocupación de su ánimo, aquella especie de sonrisa forzada que le llevaba hasta la nuca las extremidades de la boca.

Doblamos el Cabo Turn y contemplamos Las Pirámides -tres cerros gemelos que se reflejan sobre el mar y parecen ser los guardianes del canal Cockburn, el cual abre su ancha boca casi sobre el océano que truena a lo lejos, batiendo desesperado aquella costa americana como triturada por el martilleo incesante de las olas.

Aún llevaba en la retina la imagen de los montes que acabábamos de contemplar y que retratan en las aguas límpidas del canal sus siluetas coloreadas, tiñéndolas con su luz maravillosa, cuando Oscar dijo -señalándome una isla que se alzaba ante nosotros como cerrándonos el paso y que mostraba sobre su superficie rugosa, ya paredes a pico donde veíamos sobre el gris uniforme de las rocas pizarreñas el zigzag blanquizco de las vetas cuarzosas, ya las hendiduras azuladas, formadas por el embate continuo contra la áspera muralla de granito rojo, ya los picos atrevidos del interior, amontonados en confusión caótica y que parecían bregar desesperados por mirar la mar, empinándose los unos sobre los otros.

-Esa es la isla King y esos otros islotes que se ven más lejos, Fitz Roy. Vea qué capricho el del ilustre marino que trabajó más en estos mares, ¿eh?... ¡Dio el nombre de su segundo y el suyo a los peñascos más insignificantes! ... Dicen que fue un recuerdo del naufragio de un bote en que andaban haciendo sondajes y que se les estrelló; el hecho es que lo bautizó así y que son los únicos recuerdos que hay en la región, de tan insignes navegantes... Ese capitán era un tipo original: se mató en Inglaterra a consecuencia de haberse equivocado por una hora en la predicción de un ciclón... Haber bordeado tanto la vida, como él, para venir a embicar de ese modo, ¿eh?

Poco a poco seguimos avanzando y de repente, al trasponer unos islotes y roquerías, el aspecto de la naturaleza cambió por completo. A los cerros cubiertos de vegetación, a los glaciares imponentes que bajan hacia el mar como ríos de hielo, a los montes que se presentan vestidos perpetuamente con su manto de nieve, sucedieron las rocas negruzcas, áridas, como calcinadas, en que el viento del sudoeste no permite ni a los musgos desarrollar su vida sobria y misteriosa.

Aquello es la verdadera imagen de la desolación y a la verdad que los viajeros que han conocido la región fueguina por esa muestra, han tenido razón para describir con colores sombríos la parte sur del continente.

No es posible imaginar nada más desierto ni nada más árido: las rocas rojizas que parecen mostrar aún en su superficie las huellas de las revoluciones geológicas que han atravesado, no sirven de refugio a un ave, ni de asidero a un vegetal.

El viento salino del océano reina omnipotente y arrastra sobre sus alas todo lo que puede contener un germen de vida: las rocas peladas relumbran como bruñidas por el Página 29 de 111 En el mar austral Fray Mocho viento que las barre.

Franqueado el canal Cockburn y abierto ante nosotros el de Brecknock, mi espíritu se sobrecogió de espanto: recién el mar, con su voz tonante habló a mi oído y se presentó a mi vista revestido de toda su grandeza imponente.

Las olas enormes, empujadas por el sudoeste, que reinaba furioso, venían a azotar los islotes de la entrada que parecen ser partículas del continente, desprendidas por el oleaje incesante.

Se elevan como montañas y, chocando con otras, formadas por las corrientes encontradas, se alzan, después de un estallido, en verdaderas columnas de espuma blanca, sobre el flanco de un peñasco abrupto que, poco a poco, carcomen, o sobre una roquería caprichosa que ya asoma su cabeza deforme o ya la oculta, semejando a un gigante medio sumergido que se complaciera jugando a las escondidas, mecido por el viento que silba a través de las ondas como impaciente por alcanzar la costa desolada.

 -¡Yo no he visto jamás -dijo la Avutarda-, un lugar más triste ni más miserable que éste! ¡Da miedo, amigo, mirar a los costados! ... Fíjate, muchacho: no se ve ni un árbol, ni un pasto. A veces, en alguna hondonada, suele arraigar un arbolito y los gajos que nacen para el lado del sudoeste se doblan sobre el tronco y corren en favor de él; por eso es que parecen hombres mancos; la ramazón la tienen solamente de un lado.

 -Y los indios, ¿cómo viven?... ¡No ha de ser tan desolada la costa!

-¿Los indios? ¡No hay ni uno!... Aquí, cuando más podrás encontrar algún náufrago o algún desgraciado abandonado entre las piedras : nada más. Te dará una idea aproximada de este desierto pensar que en él no hay ni arañas. Yo anduve una vez tres días con un compañero y no encontramos ninguna clase de bichos: hasta los mariscos parecen huir de las playas, porque son escasos... Saca uno los montones de algas o recoge las que ha tirado el mar y que, como están secas, es la única leña que se halla y entre ellas no se encuentran ni siquiera caracoles.

 -Sepa - interrumpió Smith -que el mar, aquí, no tiene desde Polinesia ni un islote que lo ataje. Se viene sobre esta boca de Brecknock o sobre la del Estrecho, que está más arriba, sin hallar un solo obstáculo que aminore su empuje. En ninguna parte del mundo hay un oleaje más bárbaro...